

rece inmenso en su base de justicia y patriotismo. Por último, veremos después á Juárez pasar otra vez en hombros de Doblado, sin hacer nada, para terminar de una manera admirable la defensa de la causa liberal en el terreno diplomático, bajo la influencia de dos grandes hombres: D. Sebastián Lerdo de Tejada y D. Matías Romero."

"¿Quién era Juárez? ¿La pluma muerta con que juega el viento, ó un gran carácter como lo afirman hasta sus enemigos? Juárez no era más que uno: ni lo conmueve el Embajador Pacheco, ni lo intimida Wyke, ni lo aterra Saligny, ni lo entusiasma Prim, ni lo seduce Jecker, ni lo preocupa Mr. Seward, ni se apercibe que existen Lord Russell, Lord Cowley, Calderón Collantes y toda la gran falanxe de estadistas que manejaban con manos sucias ó limpias el destino de los mexicanos."

"Juárez sólo concibe el poder, la vida, la política, como se lo hace sentir su raza, con su invariable cerebro de plomo y como se lo há enseñado el único libro que ha leído bien, la política de Benjamín Constant, apologética del régimen parlamentario."

"Juárez, como Gobernador de Oaxaca, fué siempre religioso, casi místico, creyente en los milagros de nuestra Señora de la Soledad, y después, en su Presidencia parlamentaria emanada de un sufragio popular correcto y puro, pero imaginario, fué un misterioso católico liberal."

"En el régimen monárquico parlamentario el rey reina, pero no gobierna. Es un parásito necesario, que solo tiene por función tocar la campanilla elec-

toral para que el pueblo decida los conflictos entre la cámara de representantes y el Ministerio."

"En el régimen presidencial parlamentario teórica y prácticamente absurdo, el presidente preside, pero no gobierna."

"Juárez dejaba obrar á la cámara jacobina omnipotente, dejaba que le impusiera Ministros y éstos hicieran lo que les convenía."

"No era Juárez el que gastaba á los hombres sino el sistema jacobino mexicano el que los demolió."

"Juárez escapaba á esa trituración por vapor y electricidad, donde se pulverizaban las inteligencias y las reputaciones de nuestras más conspicuas eminencias; por medio del abandono completo de su autoridad, creyendo que así abandonaba su responsabilidad."

"Por lo mismo Juárez dejaba á sus Ministros que se alargasen, que se acortasen, que se doblasen, que se humillasen, que se enderezasen, que se arrastrasen, que asombrasen, que durmiesen ó trabajasen; nada le importaba; no era su papel gobernar sino presidir el Gobierno, bueno ó malo, digno ó indigno, y si no había Gobierno entonces presidía la anarquía, y si tampoco había anarquía ni gobierno efectivo, como cuando estaba en Chihuahua entonces presidía á su gabinete y si no tenía gabinete entonces presidía la soledad y el silencio."

"No tenía más que una pasión, no dejar de presidir."

"Juárez como discípulo de Constant, ido' atraba la forma de gobierno parlamentario, pero como Constant no le enseñó la verdadera base del parlamentar

rismo, por que nunca la entendi6, Juárez presidia una forma de gobierno que ignoraba."

"No puede haber parlamentarismo sin el derecho de disoluci6n del soberano sobre la c6mara popular y sin poseer en el territorio al pueblo ingl6s."

"Como en M6xico no habia ni lo uno ni lo otro, en vez de parlamentarismo existia el descabellismo."

"Juárez tenia la debilidad de creer que la opini6n p6blica era la opini6n de su partido, 6 m6s bien dicho, la del grupo exaltado de su partido que lo rodeaba, lo adulaba y especulaba con su poder."

"Juárez confundió hasta 1863 el parlamentarismo con la demagogia, á la que sabía resistir cuando ésta pretendía tocar á su posici6n."

Tal es el retrato que de Juárez há hecho el Sr. Bulnes, Juárez seg6n el audaz escritor, dejaba á sus Ministros "que se alargasen, que se acortasen, que se doblasen, que se humillasen, que se enderezasen, que se arrastrasen, que asombrásen, que durmiesen 6 trabajasen," en una palabra, Juárez era un juguete de sus Ministros, nada hacia, era lo que eran sus Ministros: tal es el cargo; pero el Sr. Bulnes no conoce la historia de aquellos tiempos, si la conociera, si supiera lo que pasó en aquella 6poca, ¿c6mo escribir tal desprop6sito? ¿Qui6n ignora los acontecimientos de San Luis Potosí? Sólo el Sr. Bulnes: el fundador de la Biblioteca de historia, el que pretende modelar al verdadero Juárez. Contémoste para que lo conozca un episodio que la historia recuerda pára presentarlo imponente al Sr. Bulnes y sus creyentes de tal mentira.

Juárez á raiz de la victoria de González Ortega, se había instalado en la capital de la República, las fuerz6s victoriosas custodiaban al gobierno en la capital, su núcleo principal era la divisi6n de Zacatecas adicta especialmente al Ministro de la Guerra González Ortega. Este General se cree dueño de la situaci6n, quiere imponer su voluntad, y exige la salida del Ministerio de D. Ignacio Ramírez: el Presidente de la República no lo escucha, cree que no hay motivo para separar á Ramírez, que no tiene soldados, que no cuenta con m6s apoyo que su talento y su honradez y se niega á separar al Ministro de Justicia.

González Ortega insiste, y al ver la actitud de Juárez presenta su renuncia en términos alarmantes para el gobierno, por más que estuviera dentro de una fórmula perfectamente correcta, después de hacer que sus amigos en periódicos y juntas aconsejen la medida. La renuncia decia así:

"Habiendo suplicado de una manera clara y terminante la opini6n pública en contra del gabinete; ya por medio de la prensa y ya por el de los círculos políticos, manifesté á S. E. el Presidente en junta de Ministros, la necesidad que habia, para salvar la situaci6n, de retirar el actual gabinete, (m6s como S. E. no ha tenido á bien obsequiar esta indicaci6n no obstante los largos y razonados debates habidos en la misma junta de ministros me veo precisado á hacer dimisi6n de la cartera de guerra.

El Presidente sin preocuparse por el peligro en que quedaria, si González Ortega abandonaba la ciudad con su divisi6n, y fijándose sólo en lo que le exigia su deber de gobernante, acepta la renuncia, y acuerda que se le conteste: «que al presentar su dimisi6n, no se inclinaba ante la expresi6n de la opini6n pública, sino ante el grito de una minoria, que habia pretendido arrancar al Presidente una de sus más importantes atribuciones constitucionales.» Y luego agrega: «que no lo seguirá en una senda que haria

En tales circunstancias, la oposición nombra una comisión que se acerca al Presidente Juárez.

—Venimos—le dicen—á proponer á usted la paz; esa coalición depone las armas, se une al Gobierno, lo apoya y cesa la lucha; sólo exige una cosa: que forme parte del Gabinete uno de sus miembros: el General Juan José de la Garza.

«—Garza—dice Juárez—es amigo mio, lo estimo, tengo un alto concepto de él, ha prestado importantes servicios á la Patria; pero si ustedes creen tener un derecho al coaligarse contra el Gobierno en el Parlamento, si ustedes creen que su deber es oponerse á la política del Gabinete, yo sé que tengo un derecho: nombrar libremente á mis Ministros; sé que tengo un deber: no dejarme imponer por el Parlamento; vayan ustedes y hagan uso de su derecho y cumplan con su deber, que yo hago uso de mi derecho y como siempre, cumplo con mi deber.»

¿Quién era Juárez? ¿La pluma muerta con que juega el viento, ó un gran carácter como lo afirman hasta sus enemigos?

Juárez no era más que uno: tiene razón el Sr. Bulnes; ni lo conmueve el Embajador Pacheco, ni lo intimida Wyke, ni lo aterra Saligny, ni lo entusiasma Prim, ni lo seduce Jecker, ni lo preocupa Mr. Seward, ni se percibe de que existen Lord Russell, Lord Cowley, Calderón Collantes y toda la falange de estadistas que querían manejar con manos sucias ó limpias el destino de los mexicanos. Juárez era la estatua de la ley; sus Ministros no eran sus chambelanes, no iban á asaltar oficinas, no eran instrumentos serviles de pasiones más ó menos exaltadas; tenían el puesto que debían tener. Las páginas más importantes de nuestra historia, las más gloriosas, no existen para el Sr. Bulnes.

Era la época aciaga, el gobierno constitucional había tenido que abandonar la capital de la República y buscar asilo en la ciudad de San Luis Potosí, los recursos escaseaban: el ala negra del clericalismo habíase apoderado de la conciencia de una mujer fanática que noche á noche trabajaba en el ánimo del Emperador de los franceses, hambriento de gloria, hacedor de nacionalidades; y los Ejércitos de la Francia con el águila imperial, triste por el vergonzoso papel que representaba, avergonzada por la deslealtad que su presencia significaba en la meseta central de México avanzaba; á su lado estaban los eternos enemigos de la Patria, y con ellos tal vez algún extraviado.

Juárez presidía el Gobierno con la misma firmeza, con la misma tranquilidad que lo hiciera en el Palacio Nacional. A su lado estaba el hombre de gran prestigio, el hábil diplomático que había hecho romper los tratados de Londres en las conferencias de la Soledad; el Gral. Doblado: lo sostenían los valientes soldados de Guajuato, el núcleo soberano del Ejército, en él estaban los jefes de gran renombre, contaba con los recursos inmensos del riquísimo Estado, cuna de la Independencia y cuna del Ministro. ¿Doblado era omnipotente? Si algún Ministro pudo imponerse á Juárez fué aquel hombre, en sus manos puede decirse estaba la salvación de la República, la vida del Presidente Constitucional.

Un día el Gral. Doblado dá la orden de que D. Ma-

nuel Zamacona y D. Francisco Zarco, diputados al Congreso, dejen la ciudad de San Luis Potosí dentro de 24 horas, y el país dentro de tres días. ¿Con qué autoridad se daba esa orden? Con ninguna; el Presidente de la República no había dado ni podía dar tal acuerdo; sábelo y llama al Gral. Doblado.

—Vaya usted—le dice—y revoque esa orden que no tiene fundamento legal, que no dimana de la autoridad suprema.

—Señor—contesta el Ministro—esa revocación me hace perder toda autoridad, me pone en ridículo.

—Tiene ud. razón—le dice Juárez—presente ud. su renuncia.

La orden fué revocada y el Gral. Doblado partió esa misma noche para Guanajuato. (1)

¿Conocía estos hechos el Sr. Bulnes? ¿Puede calificarse de débil á un Presidente que obra de esa manera? ¿Puede decirse que Juárez dejase obrar á la Cámara jacobina, omnipotente, dejar que le impusiera Ministros y que éstos hicieran lo que les conviniera? Las Cámaras fueron respetadas por Juárez, es evidente, es un hecho histórico que pasará como uno de los mejores timbres de gloria de Juárez. ¿A quién debía Juárez su puesto, á quién su poder? ¿á quién la independencia de su patria? Al pueblo que con heroico sacrificio, ni había medido el tamaño del enemigo, ni había pensado si irritaba ó no al Emperador francés; al pueblo que se había armado, que se había mantenido como

(1) El Sr. Doblado se separó violenta é inesperadamente del Ministerio de Relaciones que despachaba desde Diciembre. Como ese funcionario era quien llevaba el peso de la situación, su salida del Gabinete es un hecho importante en las críticas circunstancias del país. («Revista Política» por José M. Iglesias.—Agosto 27 de 1862.)

había podido y que al fin se hizo justicia en el Cerro de las Campanas; y natural, consecuente consigo mismo, respetaba á los representantes de ese pueblo, los escuchaba; pero no se dejaba imponer.

La lucha era cada día más encarnizada; los franceses avanzaban y las deserciones aumentaban; Juárez continuaba sereno, firme, con la seguridad en el triunfo, inquebrantable en el cumplimiento de su deber. Sus amigos, hasta sus parientes lo abandonaban. El núcleo que había salido de la Capital acompañando al Gobierno, comienza á deshacerse; en San Luis Potosí algunos han desertado; en el Saltillo la deserción llega á su maximum. El motín de Ugartechea es el pretexto, y los diputados Zamacona y Ramón Guzmán vienen á México y reconocen al imperio. Zarco que ha sido Ministro, se va para el extranjero; en Nueva York encontrará más tarde á tres Generales de importancia: González Ortega, Doblado y Berriozábal, que han abandonado el campo. Uno de los parientes de Juárez ha aceptado un empleo de Maximiliano. D. Higinio Núñez, su Ministro de Hacienda, desertaba y prestaba obediencia al Imperio. Vidaurri, el prestigiado Jefe fronterizo, amenazaba al Gobierno legítimo con las fuerzas que hasta entonces habían sostenido á Juárez; aún se escuchaban las balas del traidor Quiroga resbalando en el techo del coche que conducía al Presidente de la República al Saltillo, cuando se presentan Ortiz Careaga, el General Medina, y D. Manuel Cabezut, pidiéndole en

nombre de los Generales González Ortega y Doblado, su renuncia. ¡Todo conspiraba contra el gobierno legítimo!

Pero Juárez era inquebrantable, ni lo hace vacilar la traición de unos, ni lo intimidan las amenazas de los otros. Entonces escribe al Gral. Doblado la sencilla al par que hermosa carta de 20 de Enero de 1864, uno de los tómbres más justificativos de su excelsa gloria:

«Por más que hé reflexionado sobre el particular —le dice— según usted me indica, no hé podido hallar en el fondo de mis pobres pensamientos una razón con fuerza bastante para convencerme acerca de la conveniencia del páso que se desea. Lo creo, por el contrario, muy peligroso; estoy seguro de que nos cubriría de ridículo, y esparciendo la anarquía y la perturbación en nuestros negocios, me llenaría de ignominia, por haber faltado al honor y al deber y abandonado el día del peligro el puesto que la nación me ha confiado.»

Y más adelante agregaba:

«Por otra parte, los hechos nos demuestran que el enemigo no se propone en manera alguna destruir las personas, sino el gobierno votado por la Nación. Por esto ha establecido ya una monarquía con un príncipe extranjero. Ya vé usted que no se trata de derribar á la persona que represente al gobierno nacional, sino de establecer otro gobierno que deba su existencia á Napoleón, producto de la intervención, y que obre en interés de la Francia.»

Por último, la carta trae este párrafo altamente elocuente:

«Estas consideraciones y otras muchas demasiado largas para una carta, avivan en mi más y más los sentimientos de patriotismo, de honor y deber en que estoy para conservar mi puesto hasta que la Nación me retire su confianza por medio de un voto legalmente emitido, y me exima de las obligaciones que hoy pesan sobre mí, ó hasta que la intervención y los traidores unidos á ella

me arranquen el poder por la violencia. Entretanto, continuaré haciendo todos los esfuerzos á mi alcance para sostener á la patria en su lucha á favor de la independencia, de las instituciones y de su dignidad.» (1)

Hermosas palabras que á la vez que indican una convicción plena, una firmeza inquebrantable, demuestran la amargura que embarga el corazón del Jefe del Estado ante el triste espectáculo que se presenta á su vista. Son las últimas columnas que vacilan, el templo está próximo á derrumbarse, sólo puede salvarlo su fé; pero su fé es grande, es inmensa, ella salvará los desiertos, cruzará las altas montañas é infundirá valor y fé á los caudillos que pelean por la causa santa á millares de leguas, ella al fin conducirá á la victoria á las huestes republicanas, hará vibrar la campana de la victoria y presidirá la entrada triunfal del Gobierno legítimo en la Capital de la República.

* * *

Estaba también en San Luis Potosí el Gobierno constitucional, nada más que no iba entonces errante, fugitivo de la Capital de la República; sino que venía de los desiertos del Norte, donde había tremolado la bandera de la Patria en los días luctuosos y volvía triun-

(1) Esta carta contesta una del General Doblado en la que pedía al Presidente su renuncia.

fante para hacer su entrada en la Capital asediada por el heroico ejército de Oriente al mando del caudillo vencedor en Puebla. Allí se negó el indulto á Maximiliano, allí se negó la gracia que pedían en nombre de los Gobiernos de toda la Europa los comisionados americanos: allí Juárez, ante el Gral. Sherman y Mr. Campbell enviados en misión especial á pedir la vida, nada más la vida del Archiduque, desafió solo, sereno, sin arranques de clown, sin jaectancias de jacobino, sin alardes de fantoche, al mundo entero, y mató la idea monárquica en México.

San Luis Potosí había sido testigo de su energía cuando un Ministro no respetaba la ley, y lo fué también de su energía para cumplir con la ley y con su deber.

No necesitaba que D. Sebastián Lerdo de Tejada le hiciera conocer ninguna verdad en materia de soberanía de la Nación, tenía la muy arraigada desde que se hizo cargo del poder.

El caso de la María Concepción había acaecido mucho antes de la ejecución de Maximiliano. (1)

¿Querrá con sus palabras el Sr. Bulnes hacerse eco, prohijar, el cuento *de la cortina*? ¿querrá hacer pasar como verdad histórica la fábula *del ahora ó nunca*? No lo creemos, y desde luego no há tenido tal audacia, que si la hubiera tenido, le habríamos recordado las palabras de D. José María Iglesias.

¡Juárez juguete de sus Ministros! ¡Juárez juguete del parlamento! ¡Juárez juguete del viento y de la casualidad! ¡Que error tan grande!

Dos hombres eminentes tuvo á su lado Juárez; el Sr. Lerdo y el Sr. Iglesias: los dos llegaron aunque algu-

(1) Apresada en aguas de Veracruz. Véase el magnífico trabajo del Sr. Lic. Ignacio Mariscal, sobre esa controversia con España.

no de ellos por breve tiempo al mando supremo, y ninguno de los dos pudo sostenerse. ¿Faltaron les aptitudes? No. ¿Faltaron les prestigio? Tampoco. ¿Faltaron les antecedentes, conocimientos de las cosas y de los hombres? De ningún modo. ¿Qué les faltaba? Lo que tenía Juárez sobre ellos era su caracter. Lerdo era más orador, Iglesias más profundo; ambos hombres de estudio: ninguno tenía el caracter, la voluntad enérgica que el puesto requería.

* * *

Pero bastaría para la gloria de Juárez, para destruir la torpe imputación que le hace el Sr. Bulnes *de tener cerebro de plomo y ser hombre sin inteligencia* el verlo siempre rodeado de inteligencias superiores que lo obedecían.

En Veracruz están á su lado D. Miguel Lerdo, Ocampo, después Zamacona, Doblado, D. Sebastián Lerdo, Iglesias, D. Matias Romero, D. Ignacio Mariscal y sólo citamos nombres aceptados por el Sr. Bulnes. ¿Qué deducir de todo esto? ¿Era un hombre sin inteligencia quien siempre escoje para consejeros á hombres superiores? ¿Es hombre *con cerebro de plomo, sin inteligencia* quien se hace obedecer por Jefes de tanto prestigio como los que combatieron en la Reforma y en la guerra contra los franceses y el Imperio? ¿Que siempre lo reconocieron como autoridad suprema: siempre lo respetaron y hablaron de él en los términos más respetuosos y sumisos?

Esto sólo bastaría para hacer el mejor panegírico del hombre.

El que sabe imponerse siempre vale; pero el que como Juárez se impone por la razón, por su respeto á la ley, por su excelsa justicia; es un hombre superior.

Tiene razón el Sr. Bulnes, y es quizá la única verdad que contiene su libro: «Juárez era un precioso modelo para rey de Inglaterra.»

VI.

Hemos llegado al cargo más grave que el Sr. Bulnes hace en todo su libro, y ese cargo es lo tanto más cuanto que se presenta, por notoria mala fé del Sr. Bulnes, como apoyado en una nota de D. Matias Romero, nota que completa, con todos sus antecedentes, nada tiene de inconveniente; pero que truncada, como la publica el Sr. Bulnes, puede prestarse á suposiciones graves en contra del Gobierno de aquella época. La conducta del Sr. Bulnes la calificará el público. El cargo está formulado en los siguientes términos: "A punto de sucumbir los enérgicos defensores de la causa republicana, y para conjurar tan grave mal, Juárez recurrió á remedios desesperados, que positivamente comprometían la independencia del país, no comprometida por el Imperio de Maximiliano." (1)

(1) Bulnes pág. 304.

Después de este cargo, el Sr. Bulnes copia la nota núm. 288 del Ministro mexicano en Washington; pero no la copia íntegra; sino que le suprime el párrafo final que la aclara, y la comenta con estas palabras:

"En esta memorable nota, que parece contestar á una muy interesante, que no he podido encontrar, se encuentra proyectada la convicción de nuestros grandes políticos que manejaron los asuntos republicanos de 1863 á 1867." (1)

La nota núm. 288 no es contestación á ninguna: es la continuación de la núm. 279, como se vé al principio de ella, y la núm. 279 á su vez no era sino la continuación de la nota núm. 274 de fecha 19 de Octubre de 1864.

En el mes de Octubre de 1864 el Sr. Romero tuvo noticias de que el Gobierno Americano trataba de reconocer al Archiduque y naturalmente se alarmó. Con su prodigiosa actividad, y deseando como era natural, evitar el golpe que destruía todos sus trabajos y hería mortalmente la causa republicana en México, que hasta entonces había sido sostenida moralmente por el Gobierno de Washington, púsose á inquirir lo que hubiera de cierto en la noticia y á estudiar la manera de impedir tal reconocimiento.

Empezó por examinar á los amigos de Mr. Seward y aun pretendió sondear al diplomático americano sobre el asunto y naturalmente recibió noticias tan contradictorias que en vez de aclararle los hechos lo colocaban en angustiosa situación.

Desde luego creyó oportuno informar al Gobierno sobre lo que pasaba y las medidas que debían tomarse, mientras con sus amigos procuraba mover la opinión pública. Llegó hasta pensar en hacer meetings y reuniones políticas donde hombres de influencia en la poli-

(1) Bulnes pág. 308.